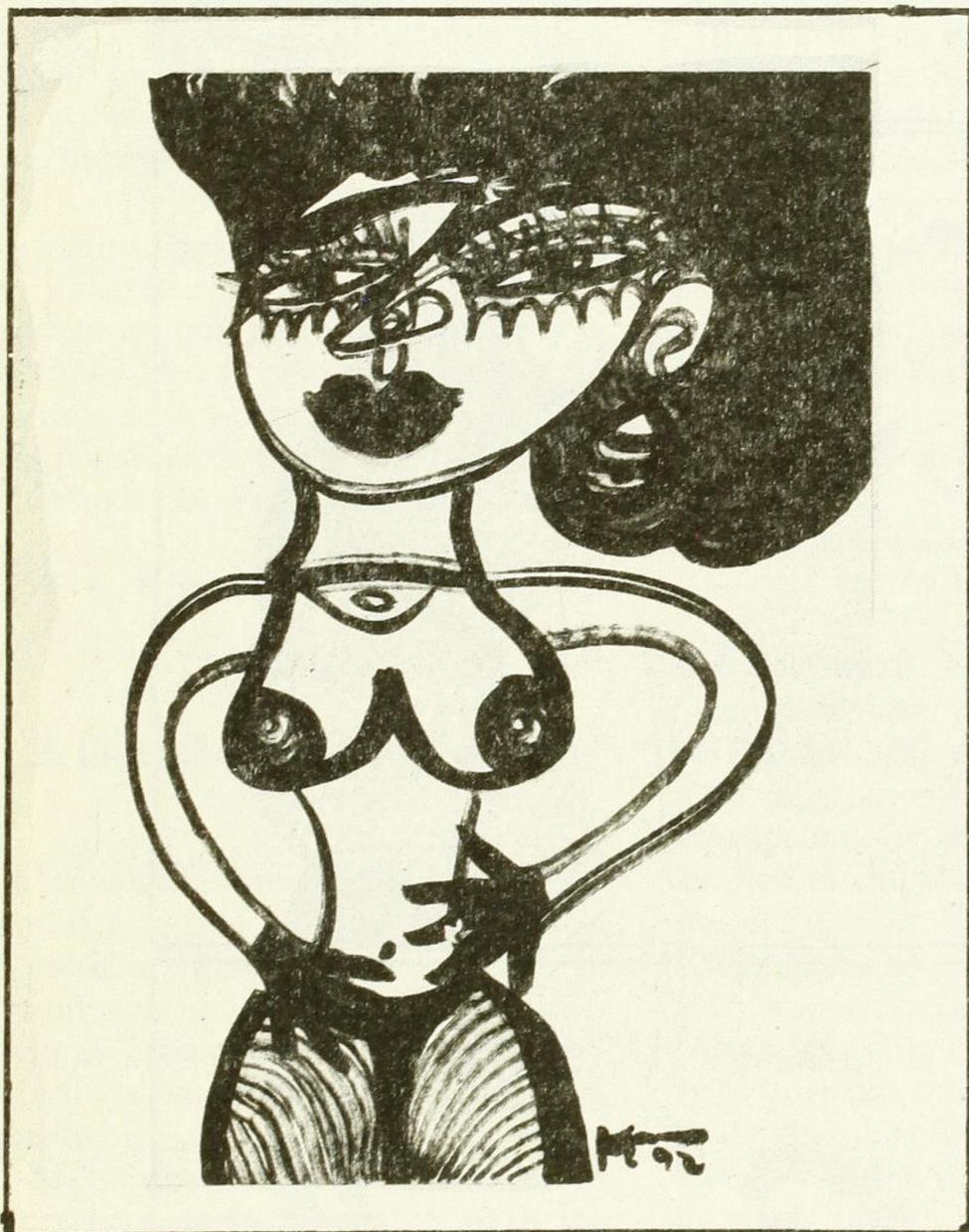


Diamela Eltit o la vocación de lo marginal

Marjorie Agosín

Diamela Eltit es, sin lugar a dudas, una de las novelistas chilenas más originales, intensas y transgresoras de la generación actual. Si María Luisa Bombal brindó a la literatura chilena una prosa encantatoria sensual y erótica, rompiendo el criollismo imperante de los años 30, en los años 80 Diamela Eltit revitaliza la literatura chilena, tanto al nivel de la narrativa como de la escena. Es decir, su obra de ficción como su ser y su hablar se fusionan integrándose bajo la presencia o el espacio de una artista extraordinaria.

Cabe recordar, por ejemplo, que varios de los capítulos o elucubraciones del primer texto de Diamela Eltit se leían en



los prostíbulos de la ciudad de Santiago en los 80. Junto a su compañero de aquel entonces, ambos como pareja o, mejor dicho, ciudadanos de un país lacerado, se laceraban a sí mismos como gesto cómplice u homenaje a los cuerpos torturados.

La figura de Diamela Eltit representa, más que nada, a la artista cómplice aliada y amiga de una sociedad que aúlla. Su primera novela, *Lúmpérica* (Santiago: Ediciones del Ornitorrinco, 1984), transgresora a nivel del lenguaje y del espacio del texto como de su temática, planteará lo que se convertirá en

una de las imágenes centrales de su obra--imágenes de vocación y pasión en la obra de Eltit: la marginación.

Lúmpérica es sinónimo de la mujer y su perpetua ausencia ante sí misma como también ante su patria violada. En *Lúmpérica* se hacen presentes la relación entre mujer y autoritarismo, entre patria y casa. Con cuatro novelas publicadas, la obra de Diamela Eltit surge con una intensidad inusitada. Es una producción que postula un homenaje a todo ser desposeído, como también un homenaje o celebración a las vicisitudes y turbulencias del lenguaje castellano.

Toda lectura sobre Eltit postularía una nueva forma de leer, un nuevo acercamiento al lenguaje escrito que se vincula al hablado al enunciarse frente a sí mismo. Desde *Lúmpérica* en 1982, como en 1985 *Por la Patria* (Santiago: Ediciones del Ornitorrinco) y *Vaca Sagrada* (Santiago: Editorial Planeta, 1992), Diamela Eltit juega a trasgredir y a trascender el léxico del idioma, como también a transtornar lo familiar cotidiano en un esperpento de violencia pero, no obstante, de vida. Elegiremos para este ensayo una aproximación al texto *El Cuarto Mundo* (Santiago: Editorial Planeta, 1988), porque en este breve libro cautivante y anómalo Diamela Eltit se alza con una magnitud innovadora y a la vez tenebrosa.

La lectura de *Cuarto Mundo* se perfila y se denota bajo los dos espacios centrales: el privado de una casa plasmada por la rareza, la violencia y el público de la ciudad cautiva. Más que nada el texto plantea el desamor de una familia donde la madre es portadora del deseo deforme y mezquino del padre, el macho, el empresario del hogar. En el mismo acto del engendro, encuentran la muerte para luego violentarse a sí mismos y cometer el crimen del incesto, esta vez entre hermanos. El castigo del crimen no invoca a una culpa colectiva y solidaria, sino que es dolorosa y en el silencio del abandono, al dar a luz, los hermanos culpables quedan encerrados en la misma casa familiar, solos, inhóspitos. "Heredamos la casa y la lujuria de la casa que intermitentemente nos invadía. Me invadía y a pesar de la sangre me escudé en una posición obscena para suplicarle a María Chiapia que me acompañara a bajar el nivel de mi ira" (*Cuarto Mundo*, Editorial Planeta, p. 12).

Mientras la niña-mujer abandonada da a luz, existe el otro espacio o una ciudad aglutinada por el odio llena de "sudacas" malditos, que también está dispuesta u obligada a parir objetos de la demencia y la perdición:

"Afuera la ciudad devestada emite gruñidos y parloteos inútiles. Se ensayan todas las retóricas esperando el dinero caído del cielo, quemándose como una mariposa de la luz. La ciudad cegatona regala los destinos de los habitantes sudacas. Terriblemente desvencijada y gruñona, anciana y codiciosa" (*Cuarto Mundo*, Editorial Planeta, p. 127).

La codicia y sus huellas, la pasión nacida por la avaricia y el desamor, como también la pasión más aliada al temor que

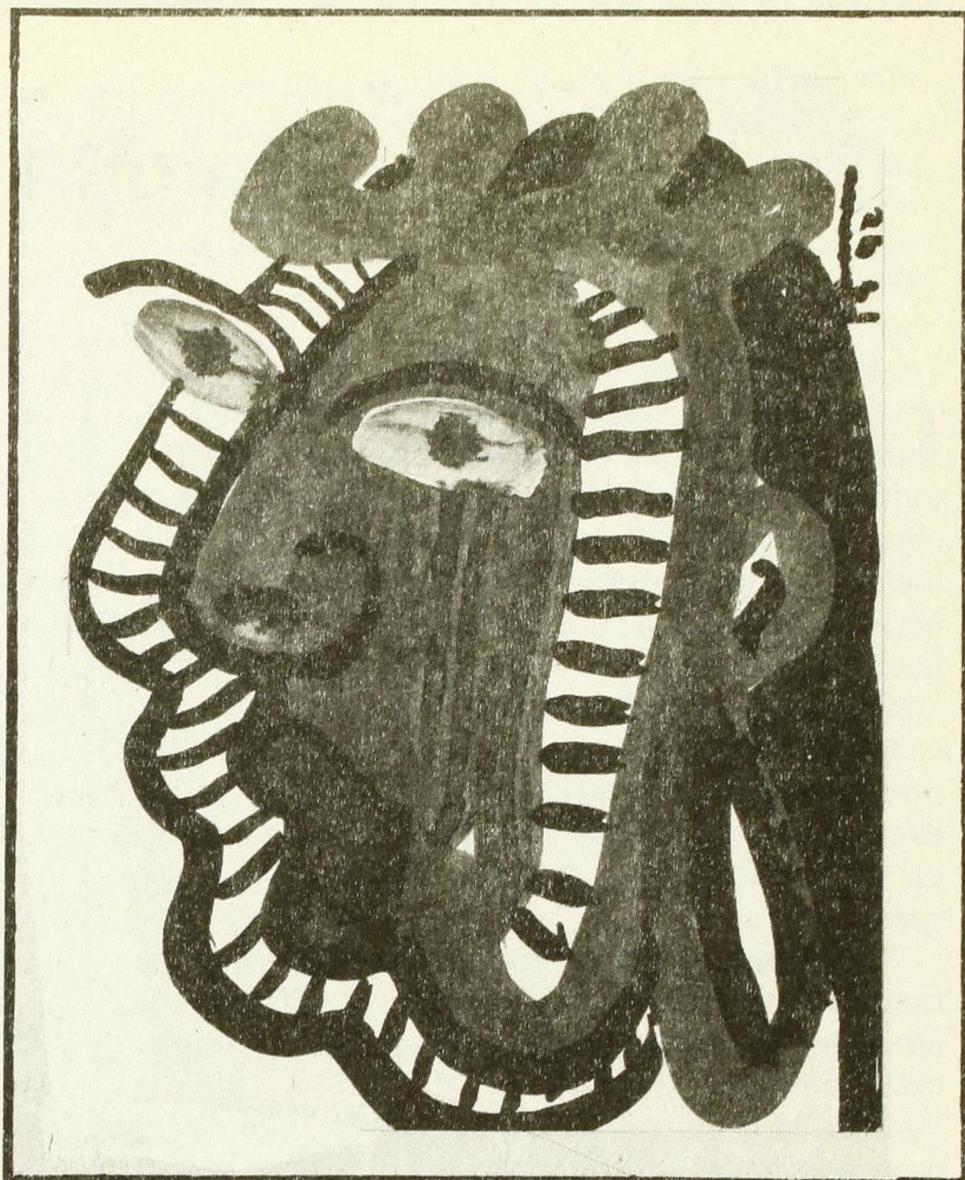
al gesto del amor iluminado, se perfilan a través de las voces, los aconteceres y el decir de estos personajes sonámbulos.

La madre pareciera hablar el lenguaje de la imaginación y la violencia, usurpada, lacerada y mientras yace fecundada pero a la vez, siente una repugnancia ante el cuerpo fértil, la hija repite el mismo gesto de la violencia del cuerpo violado, torturado por el hermano mellizo. El padre, lleno de una pasión por los objetos, por las camisas de seda, por la violencia hacia las mujeres, yace también como un cuerpo deforme y lastimoso ante su arrogancia colectiva.

El *Cuarto Mundo* que tiene obviamente una poderosa vinculación al tercer mundo, habla invoca y conjura los actos de la miseria cotidiana, las violaciones, cómplices al sexo y al deseo. Todo esto desplazándose bajo el espacio oscuro y protector de una casa alucinada en su propia miseria, y más allá el país lleno de "sudacas", lleno de gente deforme también, dañándose a sí mismos, sometidos "al país más poderoso del mundo" (frase que ocurre a través del texto).

El *Cuarto Mundo* guarda grandes paralelismos y similitudes con lo que se vivió en Chile en la época de la dictadura pinochetista: una violencia interna en los hogares como también la violencia desde afuera, una negación al amor. Así, el texto que se lee con una resonancia mágica, tiene como escena o telón de fondo, a un país de sudacas tercermundistas castigados en su propia benevolencia.

Metafóricamente *El Cuarto Mundo* se confabula en una visión avara y trastornada de la urbe latinoamericana y sus pequeños personajes condenados a la reproducción perpetua de seres tan marginados como ellos mismos. Las voces de *El*



Cuarto Mundo son esperpénticas pero, a la vez, vulnerables --son y no son espejos de la condición humana, como también escoria de ella. Lo más sorprendente es que también, todo acto de bondad en los personajes, no es auténtico, no yace en sí mismo, sino que sirve para perpetuar nuevamente otra masacre de honda violencia. La madre anónima del texto, hace caridad por un ritmo astuto y jamás conmovedor:

"Descubrí también que el pensamiento de mi madre estaba corroído por la fantasía que le ocasionaba fuertes y diversas culpas. Su permanente estado de culpa la obligaba a castigarse en algunas ocasiones con excesiva dureza" (*El Cuarto Mundo*, p. 16). El castigo no es otra forma de hacer el bien: visitar orfanatos, limpiar las cuencas de los ojos de niños ciegos. Ni siquiera la bondad tiene perdón en este texto y el homenaje o rito final que vendría a ser el nacimiento: es el rito más solitario de todos.

El Cuarto Mundo es, en sí, un texto de trasgresión y ruptura, es y no es la historia de las familias asediadas por la culpa, como también la historia de Latinoamérica y sus sudacas. Diamela Eltit articula la trasgresión a través de su lenguaje que es ruptura, inclusive hay instancias en que el narrador masculino se transforma en mujer, se altera. También funciona este texto como una trasgresión total de índole temática. Diamela Eltit se atreve a romper con el orden de las familias y las hace ser víctimas perpetuas de sí mismas. La trasgresión no es heroica sino que, asume con toda potencia la huella misma de la marginalidad. Su mayor infracción yace ante el lector y su audaz final:

"Lejos en una casa abandonada a la fraternidad entre un siete y ocho de abril Diamela Eltit asistida por su hermano mellizo da a luz a una niña, la niña sudaca irá a la venta" (*El Cuarto Mundo*, p. 128).